

17. Compresión espacio-temporal y condición posmoderna

¿De qué modo han cambiado los usos y significados del espacio y el tiempo con la transición del fordismo a la acumulación flexible? Mi idea es que en estas dos últimas décadas hemos experimentado una intensa fase de compresión espacio-temporal, que ha generado un impacto desorientador y sorpresivo en las prácticas económico-políticas, en el equilibrio del poder de clase, así como en la vida cultural y social. Si bien las analogías históricas siempre resultan peligrosas, creo que no es casual que la sensibilidad posmoderna manifieste fuertes simpatías hacia algunos de los movimientos confusamente políticos, culturales y filosóficos que surgieron a comienzos de este siglo (en Viena, por ejemplo), cuando la compresión espacio-temporal era también muy exacerbada. Además advierto el renovado interés por la teoría geopolítica a partir de 1970 aproximadamente, por la estética del lugar, así como un renacimiento de la voluntad (hasta en la teoría social) de someter el problema de la espacialidad a una reconsideración general (véanse, por ejemplo, Gregory y Urry, 1985, y Soja, 1988).

La transición a la acumulación flexible se realizó en parte a través de un rápido despliegue de nuevas formas de organización y tecnologías productivas. Aunque estas últimas pueden haberse originado en el propósito de alcanzar una superioridad militar, en su aplicación procuran evitar la rigidez del fordismo y acelerar el tiempo de rotación para dar solución a los malestares del keynesianismo-fordismo que entró en franca crisis en 1973. La rapidez en la producción se lograba mediante desplazamientos dirigidos a la desintegración vertical —subcontratación, financiación externa, etc.— que revertía la tendencia fordista hacia la integración vertical y producía un incremento en el carácter indirecto de la producción, pese a la creciente centralización financiera. Otros cambios de organización —como el sistema de entregas «justo-a-tiempo», que reduce las existencias del inventario—, articulados con las nuevas tecnologías de control electrónico, producción en series pequeñas, etc., redujeron los tiempos de rotación en muchos sectores de la producción (electrónica, máquinas herramientas, automóviles, construcción,

vestido, etc.). Para los trabajadores esto implicaba una intensificación (aceleración) de los procesos laborales y un incremento en la dis-capacitación y re-capacitación requeridas para responder a las nuevas necesidades del trabajo (véase la Segunda parte).

La aceleración del tiempo de rotación en la producción supone aceleraciones paralelas en el intercambio y el consumo. El mejoramiento de los sistemas de comunicación y de información, junto con la racionalización de las técnicas de distribución (embalaje, control de inventarios, uso de contenedores, retroalimentación del mercado, etc.), daba lugar a una aceleración en la circulación de mercancías a través del sistema de mercado. Las operaciones de banca electrónica y el dinero plástico fueron algunas de las innovaciones que aceleraron el flujo inverso del dinero. También se aceleraron los servicios y mercados financieros (ayudados por las transacciones computarizadas), dando lugar a las «veinticuatro horas es mucho tiempo», lema predominante en los mercados de valores globales.

De las muchas innovaciones en el ámbito del consumo, dos tienen especial importancia. La movilización de la moda en los mercados masivos (por oposición a la elite) constituyó un medio de acelerar el ritmo del consumo no sólo en el vestido, el ornamento y la decoración, sino en todo el vasto espectro de estilos de vida y actividades de recreación (ocio y hábitos deportivos, música pop, video y juegos para niños, etc.). Una segunda tendencia fue el desplazamiento del consumo de mercancías hacia el consumo de servicios—no sólo personales, empresarios, educativos y de salud, sino también relacionados con los entretenimientos, los espectáculos, los happenings y las distracciones—. El «tiempo de vida» de esos servicios (visitar un museo, ir a un concierto de rock o al cine, asistir a conferencias o a clubes de salud), si bien resulta difícil de estimar, es mucho más corto que el de un automóvil o de una máquina de lavar. Si hay límites para la acumulación y la rotación de los bienes físicos (aunque se trate de los famosos seis mil pares de zapatos de Imelda Marcos), tiene sentido que los capitalistas se vuelvan hacia el suministro de servicios de consumo muy efímeros. Esta búsqueda puede estar en la raíz de la acelerada penetración capitalista, observada por Mandel y Jameson (véase *supra*, pág. 81), en muchos sectores de la producción cultural a partir de mediados de la década de 1960.

Entre las innumerables consecuencias que surgieron de esta aceleración general en los tiempos de rotación del capital, me concentraré en aquellas que tuvieron una influencia particular en las formas posmodernas de pensar, sentir y actuar.

La primera consecuencia importante ha sido la acentuación de la volatilidad y transitoriedad de las modas, productos, técnicas de

producción, procesos laborales, ideas e ideologías, valores y prácticas establecidas. La noción de que «todo lo sólido se disuelve en el aire» rara vez ha estado más presente (lo cual seguramente da cuenta del volumen de trabajos sobre ese tema producidos en los últimos años). Ya hemos evaluado el efecto de este proceso en los mercados laborales y en las habilidades (véase la Segunda parte). Mi interés aquí consiste en analizar los efectos más generales en la sociedad.

En el reino de la producción de mercancías, el efecto fundamental ha sido la acentuación de los valores y virtudes de la instantaneidad (comidas y otras gratificaciones al instante y rápidas) y de lo desechable (tazas, platos, cubiertos, envoltorios, servilletas, ropa, etc.). La dinámica de una sociedad de «desperdicio», como la catalogan escritores como Alvin Toffler (1970), empezó a ponerse de manifiesto en el curso de la década de 1960. Significaba algo más que tirar a la basura bienes producidos (dando lugar al problema monumental del tratamiento de lo desechado); significaba también ser capaz de desechar valores, estilos de vida, relaciones estables, apego por las cosas, edificios, lugares, gente y formas de hacer y de ser tradicionales. Estas fueron las formas inmediatas y tangibles en las que el «impulso de aceleración en la sociedad más vasta» se estrellaba contra la «experiencia cotidiana común del individuo» (Toffler, pág. 40). A través de estos mecanismos (que demostraban ser muy eficaces desde el punto de vista de la aceleración de la rotación de bienes en el consumo), los individuos se veían obligados a tratar con lo desechable, con la novedad y con la perspectiva de la obsolescencia instantánea. «Comparadas con la vida en una sociedad de transformaciones menos veloces, hoy se presentan más situaciones que se canalizan a través de un intervalo de tiempo determinado: y esto implica profundas modificaciones en la psicología humana». Esto, sugiere Toffler, crea «una temporalidad en la estructura de los sistemas de valor públicos y personales» que a su vez proporciona un contexto para el «resquebrajamiento del consenso» y la diversificación de los valores dentro de una sociedad en fragmentación. El bombardeo de estímulos, sólo en el plano de las mercancías, crea unos problemas de sobrecarga sensorial frente a los cuales parece insignificante la disección que hizo Simmel a comienzos del siglo de los problemas de la vida urbana modernista. Sin embargo, precisamente a causa de las cualidades relativas del desplazamiento, las respuestas psicológicas se sitúan en líneas generales dentro del repertorio de las que identificó Simmel: bloqueo de los estímulos sensoriales, negación, y cultivo de la actitud de hastío, de la especialización miope, regreso a imágenes de un pasado perdido (de allí la importancia de los recordatorios, de los museos y de las ruinas) y

simplificación excesiva (tanto en la presentación de la persona como en la interpretación de los acontecimientos). En este sentido, es instructivo ver cómo Toffler (págs. 326-9), en un momento muy posterior de la compresión espacio-temporal, se hace eco del pensamiento de Simmel, cuyas ideas se formaron en un momento de trauma similar, más de setenta años antes.

Desde luego, la volatilidad hace extremadamente difícil la planificación de largo plazo. Sin duda, aprender a manejar bien la volatilidad es hoy tan importante como acelerar el tiempo de rotación. Esto significa o volverse eminentemente adaptable y moverse con celeridad para responder a los desplazamientos del mercado o dominar la volatilidad. La primera estrategia busca fundamentalmente la planificación de corto plazo más que la de largo plazo, y el cultivo del arte de hacer beneficios en el corto plazo donde se pueda. Este ha sido un rasgo notable de la gerencia estadounidense de los últimos años. La estabilidad promedio en los cargos de los funcionarios ejecutivos de las compañías se ha reducido a cinco años, y compañías nominalmente involucradas en la producción suelen buscar ganancias de corto plazo a través de fusiones, adquisiciones u operaciones en los mercados financieros y monetarios. La tensión de la performance gerencial en este ambiente es considerable y produce toda clase de efectos colaterales, como la llamada «gripe del yuppie» (tensión psicológica que paraliza el desempeño de gente talentosa y que produce síntomas crónicos semejantes a los de la gripe) o el estilo de vida frenético de los operadores financieros a quienes la adicción al trabajo, las largas horas de labor y el cultivo del poder los convierte en candidatos ideales para el tipo de mentalidad esquizofrénica que describe Jameson.

Por otra parte, dominar la producción de la volatilidad o intervenir activamente en ella entraña la manipulación del gusto y de la opinión a través de, por ejemplo, el liderazgo de la moda o la saturación del mercado con imágenes que utilizan la volatilidad para fines particulares. Esto significa, en ambos casos, la construcción de nuevos sistemas de signos e imágenes, lo que por sí constituye un aspecto importante de la condición posmoderna: que debe ser considerada desde varios ángulos diferentes. Para empezar, las imágenes de la publicidad y de los medios (como hemos visto en la Primera parte) desempeñan un rol mucho más integral en las prácticas culturales, y hoy alcanzan una importancia mucho mayor en la dinámica de crecimiento del capitalismo. Más aun: la publicidad ya no se construye en torno de la idea de informar o promover en el sentido usual, sino que es un engranaje que manipula los deseos y gustos a través de imágenes que pueden relacionarse o no con el producto que se

proponen vender (véase la lámina 1.6). Si despojáramos a la publicidad moderna de sus tres temas de referencia, el dinero, el sexo y el poder, poco quedaría de ella. Más aún, las imágenes, en un sentido, se han convertido en mercancías. Este fenómeno ha llevado a Baudrillard (1981) a sostener que el análisis de la producción de mercancías de Marx está pasado de moda porque hoy el capitalismo se dedica sobre todo a la producción de signos, imágenes y sistemas de signos y no a las mercancías en sí mismas. La transición que señala Baudrillard es importante, aunque en realidad no es difícil extender la teoría de la producción de mercancías de Marx para explicar este fenómeno. Es cierto que los sistemas de producción y comercialización de imágenes (como los mercados de la tierra, los bienes públicos o la fuerza de trabajo) presentan algunos rasgos especiales que es preciso tener en cuenta. Sin duda, el tiempo de rotación de ciertas imágenes por parte del consumidor puede ser muy breve (y aproximarse casi al ideal del «abrir y cerrar de ojos» que Marx consideraba óptimo desde el punto de vista de la circulación del capital). Muchas imágenes también pueden ser comercializadas masivamente a través del espacio en forma instantánea. Si se tienen en cuenta las presiones para acelerar el tiempo de rotación (y superar las barreras espaciales), la mercantilización de las imágenes de tipo más efímero parecería ser una bendición divina desde el punto de vista de la acumulación del capital, en particular cuando otros caminos para aligerar la hiper-acumulación parecen bloqueados. La condición efímera y la comunicabilidad instantánea a través del espacio se convierten entonces en virtudes que pueden ser explotadas y explotadas por los capitalistas para sus propios fines.

Pero las imágenes deben desempeñar otras funciones. Las corporaciones, los gobiernos, los dirigentes políticos e intelectuales, todos, valoran una imagen estable (aunque dinámica) integrada en su aura de autoridad y poder. La mediatización de la política hoy está en todas partes. En realidad, ella se convierte en el medio huido, superficial e ilusorio a través del cual una sociedad individualista, de gente de paso, exhibe su nostalgia por los valores comunes. La producción y la comercialización de esas imágenes de permanencia y poder exigen un refinamiento considerable, porque la continuidad y la estabilidad de la imagen deben ser conservadas a la vez que se acentúan las características de adecuación, flexibilidad y dinamismo de quienquiera o de cualquier cosa que sea puesta en la imagen. Más aun, la imagen se vuelve absolutamente importante en la competencia, no sólo a través del reconocimiento de la marca, sino también a través de las diversas asociaciones de «respetabilidad», «calidad», «prestigio», «confiabilidad» e «innovación». La competencia

en el rubro de la construcción de la imagen se vuelve un aspecto vital de la competencia inter-empresaria. El éxito es tan altamente reductible que la inversión en la construcción de la imagen (patrocinio de las artes, exposiciones, producciones televisivas, nuevos edificios, comercialización directa) resulta tan importante como la inversión en nuevas instalaciones y maquinarias. La imagen sirve para instaurar una identidad en el mercado. Esto es válido también para los mercados laborales. La adquisición de una imagen (por la compra de un sistema de signos, como el del diseñador de ropa y el auto adecuado) es un elemento de singular importancia en la presentación de la persona en los mercados laborales y, por extensión, constituye un componente integral en la búsqueda de identidad individual, auto-afirmación y sentido. Abundan las señales divertidas aunque tristes de este tipo de búsqueda. Una firma de California produce imitaciones de teléfonos para automóviles, que no pueden distinguirse de los verdaderos, y los vende como pan caliente a una población desesperada por adquirir esos signos de prestigio. Las consultorías de imagen personal se han convertido en un gran negocio en la ciudad de Nueva York, anuncia el *International Herald Tribune*, ya que alrededor de un millón de personas por año de esa región urbana se anotan en cursos que se dictan en firmas como Articulación de la Imagen, Constructores de Imagen, Artistas de la Imagen y Creadores de Imagen. «En la actualidad, la gente se hace una idea acerca de usted aproximadamente en un décimo de segundo», dice un consultor de imagen. «Simúlela mientras la fabrica», es el eslogan de otro.

Desde luego, los símbolos de riqueza, status, prestigio y poder así como de clase fueron importantes en la sociedad burguesa, pero es posible que nunca lo hayan sido tanto como ahora. La opulencia material creciente generada durante el boom fordista de posguerra planteó el problema de convertir los mayores ingresos en una demanda efectiva que diera satisfacción a las crecientes aspiraciones de la juventud, las mujeres y los trabajadores. La capacidad para producir más o menos a voluntad imágenes como mercancías da lugar a que la acumulación proceda, por lo menos en parte, sobre la base de la pura producción y comercialización de la imagen. Es así como el carácter efímero de esas imágenes se puede interpretar en parte como una lucha de los grupos oprimidos de cualquier índole por establecer su propia identidad (con arreglo a la cultura de la calle, los estilos musicales, los usos y las modas que ellos mismos construyen) y convertir rápidamente esas innovaciones en ventajas comerciales (Carnaby Street a fines de la década de 1960 demostró ser una excelente pionera). El efecto es que parece que viviéramos

en un mundo de efímeras imágenes creadas. Los impactos psicológicos de sobrecarga sensorial, como los que señalan Simmel y Toffler, funcionan con un efecto redoblado.

Los materiales para producir y reproducir esas imágenes, en los casos en que no se disponía ya de ellos, fueron en sí mismos el objeto de la innovación: cuanto mejor es la réplica de la imagen, más puede crecer el mercado masivo para la creación de la imagen. Este constituye un tema importante que nos lleva a considerar en forma más explícita el rol del «simulacro» en el posmodernismo. Por «simulacro» se entiende un grado de imitación tan perfecto que se vuelve casi imposible detectar la diferencia entre el original y la copia. La producción de imágenes como simulacros es relativamente fácil gracias a las técnicas modernas. En la medida en que la identidad depende cada vez más de las imágenes, las réplicas seriales y reiteradas de las identidades (individuales, empresarias, institucionales y políticas) se convierten en una posibilidad y en un problema real. Podemos ver funcionar esto en el campo de la política a medida que los constructores de imagen y los medios adquieren más importancia en la configuración de las identidades políticas. Pero hay muchos campos más tangibles donde el simulacro tiene un papel más importante. Con los materiales de construcción modernos es posible hacer la réplica de edificios antiguos con tanta exactitud como para poner en duda la autenticidad o los orígenes. La manufactura de antigüedades u otros objetos artísticos es absolutamente posible, de modo que las imitaciones muy bien realizadas se convierten en un serio problema para el negocio de los coleccionistas de arte. Por lo tanto, no sólo tenemos la capacidad de acumular imágenes del pasado o de otros lugares en forma ecléctica y simultánea a través de la pantalla de la televisión, sino que hasta podemos transformar esas imágenes en simulacros materiales bajo la forma de construcciones de edificios, acontecimientos y espectáculos que, en muchos aspectos, casi no se pueden distinguir de los originales. Una cuestión que retomaremos luego es qué ocurre con las formas culturales cuando las imitaciones se vuelven reales y las formas reales asumen muchas de las cualidades de una imitación.

También es un tema muy especial la organización y las condiciones del trabajo que prevalecen en lo que podríamos llamar en forma general la «industria de producción de la imagen». En todo caso, una industria de este tipo tiene que confiar en los poderes de innovación de los productores directos. Estos últimos tienen una existencia incierta, mitigada por recompensas muy altas para los exitosos y por un aparente control sobre sus propios procesos laborales y poderes creativos. El crecimiento de la producción cultural ha sido efectiva-

mente impresionante. Taylor (1987, pág. 77) compara las condiciones del mercado artístico de Nueva York en 1945, cuando había sólo un puñado de galerías y no más de una veintena de artistas que exponían de una manera regular, y los dos mil artistas, aproximadamente, que trabajaban en París o en sus alrededores a mediados del siglo XIX, con los ciento cincuenta mil artistas de la región de Nueva York que reclaman status profesional, exponen en unas 680 galerías y producen más de quince millones de obras de arte (comparadas con las doscientas mil de fines del siglo XIX en París). Y esto es sólo la punta del iceberg de la producción cultural, que incluye entretenimientos locales y diseñadores gráficos, músicos callejeros y de pubs, fotógrafos, así como escuelas de arte, música, teatro, y otras más establecidas y reconocidas. En forma condensada es lo que Daniel Bell (1978, pág. 20) llama «la masa cultural» definida como:

«no los creadores de cultura sino los transmisores: los que trabajan en la instrucción superior, la publicidad, las revistas, los medios de emisión, el teatro y los museos; ellos procesan la recepción de productos culturales serios e influyen sobre ella. Se trata de una masa lo suficientemente grande para constituir un mercado de cultura: compra de libros, de publicaciones y de grabaciones de música seria. Y es también el grupo que, como los escritores, redactores de revistas, realizadores cinematográficos, músicos, etc., produce los materiales populares para el público más amplio de la cultura masiva».

Toda esta industria se especializa en la aceleración del tiempo de rotación a través de la producción y comercialización de imágenes. Se trata de una industria donde las reputaciones se hacen y se pierden de un día para otro, donde el dinero grande habla en términos claros, y donde hay un fermento de creatividad intensa, a menudo individual, que se derrama en el gran recipiente de la cultura de masas serializada y repetida. Es la que organiza las novedades y modas y, como tal, produce activamente la condición efímera que siempre ha sido fundamental en la experiencia de la modernidad. Se convierte en un medio social destinado a producir esa sensación de horizontes temporales que colapsan, de los que a su vez tan ávidamente se alimenta.

La popularidad de un libro como el de Alvin Toffler, *Future shock*, reside precisamente en su apreciación augural de la velocidad con la que el futuro se descuenta en el presente. De allí surge también un colapso de las distinciones culturales entre la «ciencia» y la ficción «común» (por ejemplo, en la obra de Thomas Pynchon y Doris Lessing), así como una fusión del cine de entretenimiento con el cine de

los universos futuristas. Podemos ligar la dimensión esquizofrénica de la posmodernidad, en la que insiste Jameson (*supra*, págs. 71-2), con las aceleraciones en los tiempos de rotación de la producción, el intercambio y el consumo, que causan, por así decirlo, la pérdida de un sentido de futuro, excepto cuando el futuro puede descontarse en el presente. La volatilidad y el carácter efímero también hacen difícil mantener un sentido de continuidad firme. La experiencia pasada se comprime en un presente sobrecogedor. Italo Calvino (1981, pág. 8) registra de esta forma el efecto en su arte de escribir novelas:

«escribir largas novelas hoy es quizás una contradicción: la dimensión del tiempo ha sido destrozada, no podemos vivir ni pensar si no es en fragmentos de tiempo, cada uno de los cuales sigue su propia trayectoria y desaparece inmediatamente. Podemos redescubrir la continuidad del tiempo sólo en las novelas de ese período en que el tiempo ya no parecía detenido y no parecía haber explotado, un período que duró no más de unos cien años».

Baudrillard (1986), que no le teme a la exageración, considera a los Estados Unidos como una sociedad que, con su devoción por la velocidad, el movimiento, las imágenes cinematográficas y los arreglos tecnológicos, ha podido generar una crisis de la lógica explicativa. Representa, sugiere, «el triunfo del efecto sobre la causa, de la instantaneidad sobre el tiempo como profundidad, el triunfo de la superficie y de la pura objetualización sobre la profundidad del deseo». Por supuesto, este es el tipo de contexto en el que el deconstruccionismo puede florecer. Si no es posible decir nada sólido y permanente en medio de este mundo efímero y fragmentado, entonces, ¿por qué no sumarnos al juego (de lenguaje)? Todo, desde la escritura de novelas y la filosofía hasta la experiencia del trabajo o de hacer una casa, debe enfrentar el desafío de la aceleración del tiempo de rotación y la veloz desaparición de los valores tradicionales e históricamente adquiridos. El contrato temporario en todo, como observa Lyotard (véase *supra*, pág. 134), se convierte en el signo de la vida posmoderna.

Pero, como ocurre tan a menudo, la sumersión en el torbellino de la condición efímera ha provocado una explosión de sentimientos y tendencias opuestas. Para empezar, surgen todo tipo de medios técnicos para defendernos de impactos futuros. Las firmas subcontratan o recurren a prácticas de empleo flexibles para descontar los costos potenciales del desempleo, de los futuros desplazamientos del mercado. Los mercados de valores futuros de todo, desde cereales o tripas de cerdo hasta monedas y deudas del gobierno, junto con la

«securitización» de toda clase de deudas temporarias y flotantes, ilustran técnicas para descontar el futuro en el presente. Hay una amplia disponibilidad de compensaciones del sistema de seguros contra la volatilidad futura.

También aparecen cuestiones de significado e interpretación más profundas. Cuanto mayor es el carácter efímero, mayor es la presión para descubrir o producir algún tipo de verdad eterna que pudiera haber en esto. El renacimiento religioso que se ha dado cada vez con más fuerza desde fines de la década de 1960, y la búsqueda de autenticidad y autoridad en la política (con todos sus avíos de nacionalismo y localismo, y de admiración por los individuos carismáticos y «versátiles», y su «voluntad de poderío» nietzscheana), son ejemplos de ello. El renovado interés por las instituciones fundamentales (como la familia y la comunidad), y la búsqueda de raíces históricas, son signos de la búsqueda de vínculos más seguros y de valores más duraderos en un mundo cambiante. Rochberg-Halton (1986, pág. 173), en un estudio por muestreo sobre los residentes de Chicago del Norte en 1977, encontró, por ejemplo, que los objetos realmente valorados en la casa no eran los «trofeos pecuniarios» de una cultura materialista que hacían las veces de «índices visibles de la clase socioeconómica, la edad, el género, etc.», sino los artefactos que encarnaban «los lazos con las personas amadas y los familiares, las experiencias y actividades valoradas, y los recuerdos de acontecimientos significativos de la vida y de la gente». Fotografías, objetos particulares (como un piano, un reloj, una silla), y acontecimientos (escuchar un disco con una pieza de música, cantar una canción) son el centro de una memoria contemplativa y, por lo tanto, generadores de un sentimiento de identidad que es ajeno a la sobrecarga sensorial de la cultura y de la moda consumistas. La casa resulta un museo privado para protegerse de los estragos de la compresión espacio-temporal. Es más, al mismo tiempo que el posmodernismo proclama la «muerte del autor» y el auge del arte anti-aurático en el ámbito público, el mercado artístico toma mayor conciencia del poder monopólico de la firma del artista y de los problemas vinculados a la autenticidad y la imitación (más allá de que un Rauschenberg sea un mero montaje de reproducciones). Quizá sea apropiado que la construcción posmodernista, sólida como el granito rosa del edificio de AT&T de Philip Johnson, se financie con deuda, se levante con capital ficticio, y arquitectónicamente se conciba, al menos en lo exterior, en el espíritu más de la ficción que de la función.

Los ajustes espaciales no han sido menos traumáticos. Los sistemas de comunicaciones satelitales desplegados desde principios de la década de 1970 permitieron que el costo unitario y el tiempo de

comunicación fueran invariables con respecto a la distancia. Vía satélite, cuesta lo mismo comunicarse a 800 que a 8000 km. Las tarifas de flete aéreas sobre las mercancías también han disminuido notablemente, mientras que el sistema de contenedores ha reducido el costo de las cargas marítimas y del transporte por carretera. Hoy es posible que una gran corporación multinacional, como Texas Instruments, opere plantas con toma de decisión simultánea sobre los costos financieros, de comercialización, de insumos; sobre el control de calidad y sobre las condiciones del proceso laboral en más de cincuenta puntos diferentes del globo (Dicken, 1986, págs. 110-3). La difusión masiva de la televisión unida a la comunicación satelital permite experimentar un torrente de imágenes pertenecientes a espacios diferentes casi de manera simultánea, de modo que los espacios del mundo pasan a ser una serie de imágenes sobre la pantalla televisiva. Todo el mundo puede ver los Juegos Olímpicos, la Copa del Mundo, la caída de un dictador, una cumbre política, una tragedia fulminante. . . mientras que el turismo masivo, los filmes hechos en lugares espectaculares, construyen un amplio espectro de experiencias simuladas o vicarias de lo que el mundo ofrece para muchos. La imagen de lugares y espacios resulta tan abierta a la producción y al uso efímero como cualquier otra.

En resumen, hemos asistido a otro feroz episodio del proceso de aniquilamiento del espacio por el tiempo, que siempre ha estado en el centro de la dinámica del capitalismo (véase la lámina 3.2). Marshall McLuhan refiere que, a mediados de la década de 1960, había concebido la transformación de la «aldea global» en una realidad de las comunicaciones:

«Al cabo de tres mil años de explosión, por medio de las tecnologías fragmentarias y mecánicas, el Mundo Occidental pasa a un proceso de implosión. En el curso de las épocas mecánicas, habíamos extendido nuestros cuerpos en el espacio. Hoy, tras más de un siglo de tecnología electrónica, hemos extendido nuestro sistema nervioso central hasta una inclusión global, aboliendo tanto el espacio como el tiempo, por lo menos en lo que respecta a nuestro planeta».

En los últimos años, una profusión de trabajos escritos, por ejemplo la *Esthétique de la disparition* de Virilio (1980), se proponen explorar las consecuencias culturales de la presunta desaparición del tiempo y el espacio como dimensiones materializadas y tangibles de la vida social.

Sin embargo, el colapso de las barreras espaciales no quiere decir que la significación del espacio disminuya. No es la primera vez en

la historia del capitalismo que encontramos testimonios que avalan la tesis contraria. La competencia acrecentada en condiciones de crisis ha obligado a los capitalistas a prestar mucha más atención a las ventajas relativas de la localización, precisamente porque disminuir las barreras espaciales permite que los capitalistas exploten las menores diferenciaciones espaciales con buenos resultados. Así, las pequeñas diferencias en aquello que el espacio contiene bajo la forma de abastecimientos, recursos, infraestructuras y cuestiones semejantes han adquirido una mayor significación. La superioridad en el control del espacio se convierte en un arma aún más importante en la lucha de clases. Se trata de uno de los medios para imponer la intensificación y la redefinición de las competencias a fuerzas de trabajo rebeldes. La movilidad geográfica y la descentralización se utilizan contra un poder sindical que, tradicionalmente, se concentraba en las fábricas de producción masiva. La huida de capitales, la desindustrialización de algunas regiones y la industrialización de otras, la destrucción de las comunidades obreras tradicionales como fundamentos de poder en la lucha de clases, se convierten en temas recurrentes de la transformación espacial en las condiciones de la acumulación flexible (Martin y Rowthorn, 1986; Bluestone y Harrison, 1982; Harrison y Bluestone, 1988).

La disminución de las barreras espaciales nos sensibiliza mucho más para los contenidos de los espacios mundiales. La acumulación flexible suele explotar un amplio espectro de circunstancias geográficas presuntamente contingentes, reconstituyéndolas como elementos estructurados internos de su propia lógica abarcadora. Por ejemplo, las diferenciaciones geográficas en la modalidad y la eficacia en el control sobre la mano de obra, junto con las variaciones en la calidad así como en la cantidad de la fuerza de trabajo, asumen una significación mucho mayor en las estrategias de localización de las corporaciones. Surgen nuevos complejos industriales, a veces de la nada (como los diversos Silicon Valleys) pero, más a menudo, sobre la base de una mezcla de capacidades y recursos preexistentes. La «Tercera Italia» (Emilia-Romagna) se erige a partir de una mezcla peculiar de empresas cooperativas, trabajo artesanal y administraciones comunistas locales ansiosas por generar empleo, e introduce sus productos vinculados al vestido, con increíble éxito, en una economía mundial altamente competitiva. Flandes atrae capitales extranjeros sobre la base de una oferta laboral capacitada, dispersa y flexible, con una fuerte hostilidad hacia el sindicalismo y el socialismo. Los Angeles importa los sistemas de trabajo patriarcales sumamente exitosos del Sudeste Asiático, a través de la inmigración masiva, mientras que el sistema de control laboral paternalista de

los japoneses y los taiwaneses es trasladado a California y a Gales del Sur. La historia, en cada caso, es diferente, de modo tal que el carácter singular de esta o aquella circunstancia geográfica importa más que nunca. Sin embargo, eso ocurre, irónicamente, sólo por el colapso de las barreras espaciales.

Si bien el control sobre la mano de obra siempre constituye un elemento fundamental, hay muchos otros aspectos de la organización geográfica que han adquirido una nueva importancia en las condiciones de mayor acumulación flexible. La necesidad de información precisa y de comunicaciones rápidas ha acentuado el rol de las llamadas «ciudades mundiales» en el sistema financiero y corporativo (centros equipados con telepuertos, aeropuertos, lazos fijos de comunicación, así como un amplio repertorio de servicios financieros, legales, de negocios e infraestructura). La disminución de las barreras espaciales da lugar a la reafirmación y realineamiento de la jerarquía dentro de lo que es hoy un sistema urbano global. La disponibilidad local de recursos materiales de calidad especial, o a costos marginales más bajos, comienza a ser cada vez más importante, como se vuelven importantes las variaciones locales en el gusto del mercado que hoy pueden ser explotadas más fácilmente con una producción en series pequeñas y diseño flexible. También cuentan las diferencias locales en capacidades empresariales, capital de riesgo, *know-how* científico y técnico, actitudes sociales, mientras que las redes locales de influencia y poder, las estrategias de acumulación de las elites gobernantes locales (entendidas como opuestas a las políticas del Estado nacional) también intervienen con mayor profundidad en el régimen de acumulación flexible.

Pero esto también plantea otra dimensión referida al rol cambiante de la espacialidad en la sociedad contemporánea. Si los capitalistas se muestran cada vez más sensibles a las cualidades espacialmente diferenciadas que componen la geografía mundial, es posible que los pueblos y los poderes que controlan esos espacios los modifiquen a fin de que resulten más atractivos para el capital de gran movilidad. Por ejemplo, las elites gobernantes locales pueden implementar estrategias de control local sobre la mano de obra, de mejora de las capacitaciones, de suministros de infraestructura, de política de impuestos, regulación estatal, etc., y promover así el desarrollo de este espacio particular. En medio de las crecientes abstracciones del espacio, deben acentuarse las cualidades del lugar. La producción activa de lugares con cualidades especiales constituye un objetivo importante en la competencia espacial entre zonas, ciudades, regiones y naciones. Formas de mando corporativas pueden florecer en estos espacios y asumir roles empresariales en la produc-

ción de climas favorables a los negocios y otras cualidades específicas. Y es en este contexto donde podemos concebir mejor el esfuerzo, que anotamos en la Primera parte (págs. 108-13), destinado a que las ciudades forjen una imagen distintiva y creen una atmósfera del lugar y la tradición, que actuará como un señuelo tanto para el capital como para la gente «adecuada» (es decir, rica e influyente). La fuerte competencia entre lugares debería conducir a la producción de espacios más diversificados dentro de la creciente homogeneidad del intercambio internacional. Sin embargo, como el nivel de esta competencia abre las ciudades a los sistemas de acumulación, termina generando lo que Boyer (1988) llama una monotonía «recursiva» y «serial», que «a partir de pautas o moldes conocidos produce lugares casi idénticos de una ciudad a otra: el South Street Seaport de Nueva York, el Quincy Market de Boston, el Harbor Place de Baltimore».

Nos aproximamos así a la paradoja central: cuanto menos importantes son las barreras espaciales, mayor es la sensibilidad del capital a las variaciones del lugar dentro del espacio, y mayor el incentivo para que los lugares se diferencien a fin de hacerse atractivos para el capital. El resultado ha sido producir una fragmentación, una inseguridad y un desarrollo desigual efímero en un espacio económico global altamente unificado de flujos de capital. La tensión histórica dentro del capitalismo entre la centralización y la descentralización ahora es abordada en nuevas formas. La extraordinaria descentralización y proliferación de la producción industrial hace que los productos de Benetton o de Laura Ashley se encuentren en casi todos los shoppings producidos de manera serial en el mundo capitalista avanzado. Es evidente que la nueva vuelta de tuerca en la compresión espacio-temporal está preñada de peligros, al mismo tiempo que ofrece posibilidades de supervivencia a lugares específicos o da solución al problema de la hiper-acumulación.

La geografía de la desvalorización a través de la desindustrialización, el crecimiento del desempleo local, los déficit fiscales, la desaparición de los activos locales, y otras cuestiones semejantes, constituyen sin duda un panorama lastimoso. Pero al menos podemos observar su lógica dentro del marco de la búsqueda de una solución para el problema de la hiper-acumulación a través del impulso de sistemas flexibles y más móviles de acumulación. Y también hay razones *a priori* para sospechar (además existen testimonios que avalan la idea) que las regiones de máxima agitación y fragmentación son también regiones que parecen estar mejor situadas para sobrevivir a los traumas de la depreciación en el largo plazo. Parece evidente que, en la lucha por la supervivencia local en un mundo

donde las oportunidades de crecimiento positivo están seriamente limitadas, más vale una pequeña depreciación ahora, que una depreciación masiva después. La reindustrialización y reestructuración no pueden realizarse sin una desindustrialización y depreciación previas.

Ninguno de estos desplazamientos en la experiencia del espacio y el tiempo tendrían el sentido o el impacto que tienen sin un desplazamiento radical en la forma en que el valor es representado como dinero. Aunque haya dominado por tanto tiempo, el dinero nunca constituyó una representación clara o unívoca del valor, y en algunas ocasiones se vuelve tan confuso que se convierte en una gran fuente de inseguridad e incertidumbre. Con posterioridad a la guerra, la cuestión del dinero mundial se instauró sobre una base regularmente estable. El dólar norteamericano se convirtió en el intermediario del comercio mundial, respaldado técnicamente por una convertibilidad fija en oro y respaldado en lo político y lo económico por el poder avasallante del aparato productivo de los Estados Unidos. El espacio del sistema de producción norteamericano se convirtió, efectivamente, en el garante del valor internacional. Ahora bien, como vimos, uno de los signos de desmoronamiento del sistema keynesiano-fordista fue el desmoronamiento del acuerdo de Bretton Woods, de la convertibilidad de los dólares norteamericanos en oro y el paso a un sistema global de tipos de cambio flotantes. El desmoronamiento sobrevino en parte a causa de las dimensionalidades cambiantes del espacio y el tiempo, generadas por la acumulación del capital. El crecimiento de la deuda (en especial dentro de los Estados Unidos) y la mayor competencia internacional desde los espacios reconstruidos de la economía mundial bajo condiciones de acumulación contribuyeron mucho a deteriorar el poder económico de los Estados Unidos como garante exclusivo del dinero mundial.

Los efectos son innumerables. Nunca ha estado lejos de la superficie de las preocupaciones recientes el problema de la representación que debiera tener ahora el valor, de la forma que debería tomar el dinero y el significado que podemos asignar a las diversas formas del dinero de que disponemos. A partir de 1973, el dinero se ha «desmaterializado» en el sentido de que ya no tiene un nexo formal o tangible con los metales preciosos (si bien estos han seguido desempeñando un rol como una de las formas potenciales del dinero entre muchas otras) ni con otras mercancías tangibles. Tampoco depende exclusivamente de la actividad productiva que se desenvuelve en un espacio específico. El mundo, por primera vez en su historia, se atiene a formas inmateriales del dinero: por ejemplo, dinero tasado cuantitativamente en cifras de alguna moneda (dólares, yenes, mar-

cos alemanes, libras esterlinas, etc.). Los tipos de cambio entre las diferentes monedas del mundo también se han vuelto sumamente volátiles. Se pueden perder o ganar fortunas por el simple hecho de tener el tipo de dinero que conviene en los períodos convenientes. La cuestión de qué moneda poseo está ligada directamente a cuál es el lugar en el que deposito mi confianza. Esto puede tener alguna relación con el poder y la posición económica competitiva de sistemas nacionales diferentes. Dada la flexibilidad de la acumulación en el espacio, ese poder resulta una magnitud de rápido desplazamiento. El efecto es que los espacios que apuntalan la determinación del valor se vuelven tan inestables como el propio valor. Este problema se complica por la forma en que los desplazamientos especulativos pasan por alto el poder y el rendimiento económicos reales y luego desencadenan expectativas que se cumplen por sí solas. La desvinculación del sistema financiero de la producción activa y de cualquier base monetaria material pone en cuestión la confiabilidad del mecanismo fundamental mediante el cual se representa el valor.

Estas dificultades han tenido una presencia preponderante en el proceso de devaluación del dinero, la medida del valor, a través de la inflación. Los niveles de inflación de la era keynesiano-fordista (por lo general de un 3 % y rara vez superiores al 5 %) cedieron desde 1969 en adelante y luego se aceleraron en todos los países capitalistas más importantes durante la década de 1970 hasta alcanzar los dos dígitos (véase la figura 2.8). Peor todavía, la inflación se volvió altamente inestable, entre y dentro de los países, dejando a todo el mundo en la duda acerca de cuál sería el verdadero valor (el poder de compra) de una moneda particular en el futuro próximo. En consecuencia, el dinero perdió su calidad de medio para conservar el valor por períodos largos (la tasa de interés real, evaluada como tasa de interés del dinero menos la tasa de inflación, fue negativa durante muchos años en la década de 1970, lo que desapropiaba a los ahorristas del valor que trataban de guardar). Fue preciso encontrar otros medios de almacenar valor de una manera efectiva. Y así comenzó la vasta inflación en ciertos precios de activos: objetos de colección, obras de arte, antigüedades, casas, etc. Comprar un Degas o un Van Gogh en 1973 habría aventajado con seguridad a casi cualquier otra inversión en términos de ganancias de capital. Sin duda, puede argumentarse que el crecimiento del mercado de arte (con su preocupación por la firma del autor) y la fuerte comercialización de la producción cultural desde la década de 1970, aproximadamente, tuvo mucha relación con la búsqueda de otros medios de atesorar valores cuando las formas usuales del dinero resultaron deficientes. La inflación de mercancías y de precios, aunque controlada

hasta cierto punto en los países capitalistas avanzados durante la década de 1980, en modo alguno ha dejado de ser un problema. Tiene un carácter desenfrenado en países como México, Argentina, Brasil e Israel (todos en niveles del cien por ciento), y la perspectiva de la inflación generalizada se cierne como una amenaza en los países capitalistas avanzados, donde, en todo caso, puede afirmarse que la inflación en los precios de los activos (viviendas, obras de arte, antigüedades, etc.) ha ocupado el lugar de la inflación de las mercancías y el mercado laboral a comienzos de 1980.

El desmoronamiento del dinero como un medio seguro para representar el valor ha generado una crisis de representación en el capitalismo avanzado. Esta se ha reforzado también por los problemas vinculados a la comprensión espacio-temporal (que ya hemos tratado), a los que a su vez añade un peso muy considerable. La rapidez con la que los mercados monetarios fluctúan por el espacio mundial, el extraordinario poder del flujo de capital dinerario en lo que es hoy un mercado de títulos y financiero global, y la volatilidad de lo que podría representar el poder de compra del dinero, definen, por así decirlo, un momento crítico de esa intersección eminentemente problemática entre el dinero, el tiempo y el espacio como elementos que entrelazan el poder social con la economía política de la posmodernidad.

Además, no es difícil advertir cómo todo esto puede crear una crisis más general de representación. El eje del sistema de valores, al que el capitalismo ha apelado siempre para validar y evaluar sus acciones, se ha desmaterializado y desplazado, los horizontes de tiempo colapsan y es difícil decir exactamente en qué espacio estamos cuando se trata de evaluar las causas y los efectos, los significados y los valores. La interesante exposición en el Centro Pompidou en 1985 sobre «Lo inmaterial» (una exposición en la que el propio Lyotard actuó como consultor) era tal vez una imagen en espejo de la disolución de las representaciones materiales del valor en las condiciones de la acumulación más flexible, y de las confusiones acerca de lo que podría significar, según Paul Virilio, que el tiempo y el espacio hayan desaparecido en tanto dimensiones significativas del pensamiento y la acción del hombre.

Yo diría que existen formas más tangibles y materiales que esta para evaluar la significación del espacio y el tiempo respecto de la condición de la posmodernidad. Por ejemplo, podría considerarse que la experiencia cambiante del espacio, del tiempo y del dinero ha formado una base material particular para el surgimiento de sistemas de interpretación y representación específicos, así como ha abierto un camino a través del cual, una vez más, puede reafirmarse

la estetización de la política. Si vemos a la cultura como un conjunto de signos y significaciones (incluyendo el lenguaje) que se engranan en los códigos de transmisión de los valores y significados sociales, podemos esbozar al menos la tarea de analizar sus complejidades en las condiciones presentes, reconociendo que el dinero y las mercancías constituyen los soportes primarios de los códigos culturales. En la medida en que el dinero y las mercancías están totalmente ligados a la circulación del capital, esas formas culturales arraigan firmemente en el proceso diario de circulación del capital. Por lo tanto, deberíamos comenzar por la experiencia cotidiana del dinero y de las mercancías, más allá de que algunas mercancías en particular o hasta sistemas enteros de signos puedan extraerse de la masa indiferenciada para constituir la base de la «alta» cultura o de ese «imaginario» especializado que ya hemos tenido motivos para comentar.

La aniquilación del espacio por el tiempo ha cambiado radicalmente la mezcla de mercancías que entra en la reproducción diaria. Innumerables sistemas de comidas regionales se han reorganizado por su incorporación al intercambio global de mercancías. Por ejemplo, los quesos franceses, virtualmente inhallables en 1970, excepto en algunas tiendas muy refinadas de las grandes ciudades, se venden ahora en cualquier parte de los Estados Unidos. Y si este fuera un ejemplo algo elitista, el caso del consumo de cerveza sugiere que la internacionalización de un producto —que según la teoría tradicional de la localización debía estar orientado fundamentalmente hacia el mercado— hoy es total. En 1970, Baltimore era una ciudad donde esencialmente se consumía una sola cerveza (producida en el lugar), pero las cervezas regionales de lugares como Milwaukee y Denver, y luego las cervezas canadienses y mexicanas, seguidas por las europeas, australianas, chinas, polacas, etc., bajaron el precio del producto. Las comidas que antes eran exóticas pasaron a ser de consumo corriente, mientras que las especialidades populares locales (en el caso de Baltimore, los cangrejos azules y las ostras), antes relativamente baratas, dieron un salto en el precio cuando se integraron en el comercio de larga distancia.

El mercado siempre ha sido un «emporio de estilos» (en la expresión de Raban), pero el mercado de alimentos, para tomar sólo un ejemplo, ahora no se parece para nada al de hace veinte años. Los frijoles de Kenya, el apio y las paltas de California, las papas de África del Norte, las manzanas canadienses, las uvas chilenas se pueden encontrar en cualquier supermercado británico. Esta variedad hace también a una proliferación de estilos culinarios, aun entre los sectores pobres. Por supuesto, estos estilos siempre han emigrado,

en general siguiendo las pautas de migración de diferentes grupos antes de expandirse lentamente por las culturas urbanas. Las nuevas olas de inmigrantes (vietnamitas, coreanos, filipinos, centroamericanos, etc., se han agregado a los grupos anteriores de japoneses, chinos, chicanos y todos los grupos étnicos europeos que han verificado que sus tradiciones culinarias pueden ser revitalizadas en función de la diversión y el beneficio) convierten a las ciudades típicas de los Estados Unidos, como Nueva York, Los Angeles o San Francisco (según el último censo la mayor parte de la población de esta ciudad está constituida por las minorías) en un emporio de estilos culinarios así como en un emporio de las mercancías del mundo. Pero también en este caso ha habido una aceleración, porque los estilos culinarios se han movido más rápidamente que las corrientes inmigratorias. No hizo falta una gran inmigración francesa a los Estados Unidos para que el *croissant* se difundiera por América desafiando al tradicional *doughnut*, ni tampoco hizo falta una gran inmigración norteamericana para llevar las hamburguesas a casi todas las ciudades medianamente importantes de Europa. Las comidas rápidas chinas, las pizzerías italianas (a cargo de una cadena norteamericana), las tablas de falafel del Medio Oriente, los sushi japoneses. . . la lista es interminable en el mundo Occidental.

La *cuisine* mundial se reúne hoy en un solo lugar, exactamente como la complejidad geográfica mundial se reduce por las noches a una serie de imágenes en la pantalla estática de la televisión. Este mismo fenómeno es explotado en los palacios del entretenimiento como Epcot y Disneylandia; es posible, como dice uno de los eslóganes comerciales norteamericanos, «experimentar el Viejo Mundo por un día, sin tener que desplazarse hasta allí». La implicación general es que a través de la experiencia de todo, desde la comida hasta los hábitos culinarios, la música, la televisión, el entretenimiento y el cine, es hoy posible experimentar vicariamente la geografía mundial, como un simulacro. El entrelazamiento de simulacros en la vida cotidiana reúne diferentes mundos (de mercancías) en el mismo espacio y tiempo. Pero lo hace encubriendo casi perfectamente cualquier huella del origen, de los procesos de trabajo que los produjeron, o de las relaciones sociales implicadas en su producción.

Los simulacros a su vez pueden convertirse en la realidad. Bau-drillard (1986) en *L'Amérique* llega aún más lejos y, de una manera algo exagerada desde mi óptica, sugiere que la realidad norteamericana actual está construida como una pantalla gigante: «el cine está dondequiera, sobre todo en la ciudad, un filme y un guión incesante y maravilloso». Los lugares descriptos de cierta forma, en particular si tienen capacidad para atraer turistas, pueden comenzar a «ador-

narse» siguiendo las imágenes de la fantasía. Los castillos medievales ofrecen fines de semana medievales (comida, vestido pero no los recursos de la calefacción primitiva, por ejemplo). La participación vicaria en estos diversos mundos tiene efectos reales en las formas de ordenamiento de estos mundos. Jencks (1984, pág. 127) propone que el arquitecto participe activamente en esto:

«Cualquier habitante de clase media de cualquier gran ciudad, desde Teherán hasta Tokio, debe contar con un “banco de imágenes”, no sólo bien provisto sino super-provisto, que constantemente se alimenta con viajes y revistas. Su *musée imaginaire* reflejará el *pot-pourri* de los productores pero, no obstante, resulta natural a su forma de vida. Salvo que se proponga algún tipo de reducción totalitaria en la heterogeneidad de la producción y el consumo, parece deseable que los arquitectos aprendan a usar esta inevitable heterogeneidad de lenguajes. Además, resulta muy divertida. ¿Por qué, si podemos darnos el lujo de vivir en diferentes edades y culturas, nos vamos a restringir al presente, a lo local? El eclecticismo es la evolución natural de una cultura con opciones».

Esto mismo podría decirse de los estilos musicales populares. Al referirse a cómo el *collage* y el eclecticismo han llegado a ser predominantes, Chambers (1987) muestra que las músicas de oposición y subculturales como el reggae, la afro-americana y la afro-hispánica han ocupado un lugar «en el museo de las estructuras simbólicas» establecidas para constituir un *collage* flexible de «lo ya visto, lo ya usado, lo ya realizado, lo ya oído». Se reemplaza así, prosigue, un fuerte sentido «del Otro» por un sentido débil de «los otros». La confluencia de culturas callejeras divergentes en los espacios fragmentados de la ciudad contemporánea vuelve a poner de manifiesto los aspectos contingentes y accidentales de esta «otredad» en la vida cotidiana. Esta misma sensibilidad existe en la ficción posmoderna. Tiene su centro, dice McHale (1987), en las «ontologías», con un potencial y a la vez con una pluralidad real de universos que forman un ecléctico y «anárquico paisaje de mundos plurales». Personajes trastornados y perturbados vagan extraviados por estos mundos sin una noción clara del lugar, preguntándose: «¿En qué mundo estoy, cuál de mis personalidades estoy desempeñando?». Nuestro paisaje ontológico posmoderno, sugiere McHale, «no tiene precedentes en la historia humana: al menos en cuanto al grado de pluralismo». Los espacios de mundos muy diferentes parecen derrumbarse unos sobre otros, del mismo modo como las mercancías se exhiben juntas en los supermercados y las más diversas subculturas se yuxtaponen en

la ciudad contemporánea. La espacialidad desgarrada triunfa sobre la coherencia en la perspectiva y el relato, en la ficción posmoderna, del mismo modo como las cervezas importadas coexisten con las elaboradas localmente, los empleos locales colapsan bajo el peso de la competencia extranjera y todos los espacios divergentes del mundo se juntan por la noche como un *collage* de imágenes en la pantalla televisiva.

Parecen producirse dos efectos sociológicos divergentes de todo esto en el pensamiento y en el hacer cotidianos. El primero sugiere el aprovechamiento de todas las posibilidades divergentes, como recomienda Jencks, y el cultivo de una serie de simulacros como medio de huida, fantasía y distracción:

«A nuestro alrededor se presentan todas estas fantasías de huida en miniatura: en los carteles publicitarios, en los estantes de libros, en las cubiertas de discos, en las pantallas de televisión. Al parecer, así es como estamos destinados a vivir, como personalidades divididas en las que la vida privada es perturbada por la promesa de huir por estos caminos hacia otra realidad» (Cohen y Taylor, 1978, citado en McHale, 1987, pág. 38).

Desde este punto de vista, creo que tenemos que aceptar el argumento de McHale según el cual la ficción posmoderna es mimética de algo, del mismo modo que, como he dicho, el énfasis en lo efímero, en el *collage*, la fragmentación y la dispersión en el pensamiento filosófico y social mimetiza las condiciones de la acumulación flexible. Y no debe sorprender, por lo tanto, observar que todo esto se articula con la aparición, desde 1970, de una política fragmentada de intereses de grupo específicos y regionales divergentes.

Pero es exactamente en este punto donde encontramos la reacción opuesta que puede ser resumida de la mejor manera como la búsqueda de identidad personal o colectiva, la búsqueda de ejes seguros en medio de un mundo cambiante. En este *collage* de imágenes espaciales superpuestas que hace implosión sobre nosotros, la identidad de lugar se convierte en un tema importante porque cada persona ocupa un lugar de individuación (un cuerpo, una habitación, una casa, una comunidad que la configura, una nación), y la forma en que nos individuamos configura la identidad. Más aun, si nadie «conoce su lugar» en este mundo de *collages* cambiantes, ¿cómo podemos dar forma y sostener un orden social seguro?

Hay dos elementos en este problema que merecen una consideración especial. Primero, la capacidad de la mayor parte de los movimientos sociales para controlar mejor el lugar que el espacio pone de

manifiesto la conexión potencial entre el lugar y la identidad social. Esto es evidente en la acción política. El carácter defensivo del socialismo municipal, la insistencia en la comunidad obrera, la localización de la lucha contra el capital, constituyen rasgos centrales de la lucha de la clase obrera dentro de un desarrollo geográfico desigual generalizado. Las consiguientes dificultades de los movimientos socialistas u obreros frente al capitalismo universalizante son compartidas por otros grupos opositores —minorías raciales, pueblos colonizados, mujeres, etc.— que tienen un poder relativo para organizarse en el lugar pero carecen de poder cuando se trata de organizarse en el espacio. Al persistir, a menudo por necesidad, en una identidad ligada al lugar, estos movimientos opositores pasan a ser parte de la misma fragmentación que nutre a un capitalismo móvil y a una acumulación flexible. «Las resistencias regionales», la lucha por la autonomía local, la organización ligada al lugar, pueden ser bases excelentes para la acción política, pero no pueden soportar aisladamente el peso de un cambio histórico radical. «Pensar globalmente y actuar localmente» era el eslogan revolucionario de la década de 1960. Admite la repetición.

La afirmación de cualquier identidad ligada al lugar debe apoyarse, de algún modo, en el poder motivacional de la tradición. Pero es difícil conservar un sentido de continuidad histórica frente a todo el flujo y la transitoriedad de la acumulación flexible. La ironía consiste en que hoy la tradición a menudo se conserva cuando entra en la mercantilización y la comercialización. La búsqueda de raíces, en el peor de los casos, termina siendo producida y vendida como una imagen, como un simulacro o pastiche (imitaciones de comunidades construidas para evocar imágenes de un pasado folclórico, la fábrica de las comunidades obreras tradicionales, de la que toma posesión una clase media urbana). La fotografía, el documento, el paisaje y la reproducción se convierten en historia, precisamente por lo abrumador de su presencia. Por supuesto, el problema es que ninguno de ellos es inmune a la corrupción o directamente a la falsificación con fines del presente. En el mejor de los casos, la tradición histórica se reorganiza como una cultura de museo, no necesariamente del alto arte modernista, sino de la historia local, de la producción local, de cómo se hacían antes las cosas, cómo se vendían, se consumían y se integraban en una vida cotidiana que se ha perdido hace mucho tiempo, a menudo idealizada (de la cual se pueden borrar todas las huellas de las relaciones sociales opresivas). A través de la presentación de un pasado parcialmente ilusorio, se hace posible dar significado a cierta forma de la identidad local, y quizá con un provecho económico.

La segunda reacción al internacionalismo del modernismo reside en la intención de construir el lugar y sus significados de un modo cualitativo. La hegemonía capitalista sobre el espacio relega la estética del lugar a tener importancia secundaria. Pero ya vimos que esto se articula demasiado bien con la idea de las diferenciaciones espaciales como señuelos para un capital peripatético que valora en sumo grado la opción de la movilidad. ¿Acaso este lugar no es mejor que aquel lugar, no sólo para las operaciones del capital sino también para habitar, consumir bien y sentirse seguro en un mundo en transformación? La construcción de este tipo de lugares, la adaptación de alguna imagen estética localizada, permiten construir cierta variante limitada y limitativa de identidad en medio de un *collage* de espacialidades en vías de implosión.

La tensión entre estas oposiciones es evidente pero es difícil apreciar sus ramificaciones intelectuales y políticas. Aquí, por ejemplo, Foucault (1984, pág. 253) aborda el tema desde su perspectiva:

«El espacio es fundamental para cualquier forma de vida comunitaria; el espacio es fundamental para cualquier ejercicio del poder (. . .) Recuerdo que en 1966 fui invitado por un grupo de arquitectos a realizar un estudio del espacio, de algo que yo llamaba en ese momento “heterotopías”, esos espacios singulares que se encuentran en determinados espacios sociales cuyas funciones son diferentes o hasta opuestas a otras. Los arquitectos trabajaban en esto y al término del estudio alguien habló —un psicólogo sartreano— para bombardearme, diciendo que el *espacio* es reaccionario y capitalista pero que la *historia* y el *devenir* son revolucionarios. Este absurdo discurso no era nada inusual en esa época. Hoy, todo el mundo se convulsionaría de risa ante semejante pronunciamiento, pero no así entonces».

La proposición del crítico sartreano, aunque cruda y opositora, no es tan risible como afirma Foucault. Por otra parte, el sentimiento posmodernista se inclina decididamente hacia la posición de Foucault. Mientras que el modernismo consideraba los espacios de la ciudad, por ejemplo, como «un epifenómeno de las funciones sociales», el posmodernismo «tiende a separar el espacio urbano de su dependencia respecto de las funciones, para verlo como un sistema formal autónomo» que incorpora «estrategias retóricas y artísticas que son independientes de cualquier simple determinismo histórico» (Colquhoun, 1985). Es precisamente esta separación la que permite a Foucault desplegar metáforas espaciales con tanta abundancia en sus análisis sobre el poder. La imagería espacial, liberada de sus raíces en alguna determinación social, se convierte en un medio pa-

ra describir las fuerzas de la determinación social. Sin embargo, hay sólo un paso de las metáforas de Foucault a la consolidación de una ideología política que considera que el lugar y el *Ser*, con todas sus cualidades estéticas, constituyen una base adecuada para la acción social. La geopolítica y la trampa heideggeriana no están demasiado lejos. Jameson (1988, pág. 351), por su parte, piensa que

«las peculiaridades espaciales del posmodernismo constituyen síntomas y expresiones de un nuevo dilema históricamente original, aquel que involucra nuestra inserción, en tanto sujetos individuales, a un conjunto multidimensional de realidades radicalmente discontinuas, cuyos encuadres van desde los espacios que aún sobreviven de la vida privada burguesa, hasta alcanzar el inimaginable descentramiento del propio capitalismo global. Ni siquiera la relatividad de Einstein, o los múltiples mundos subjetivos de los viejos modernistas, son capaces de proporcionar una representación adecuada de este proceso que, en la experiencia vivida, se hace sentir a través de la llamada muerte del sujeto o, más exactamente, del fragmentado y esquizofrénico descentramiento y la dispersión de este (...) Y aunque usted quizá no lo haya advertido, estoy hablando aquí sobre políticas prácticas: teniendo en cuenta la crisis del internacionalismo socialista y las enormes dificultades estratégicas y tácticas para coordinar las acciones políticas locales y populares o vecinales con las nacionales e internacionales, esos dilemas políticos urgentes son todos, inmediatamente, funciones del nuevo espacio internacional, enormemente complejo, al que me refiero».

Jameson exagera un poco con respecto al carácter único y novedoso de esta experiencia. Por más compulsiva que sea la actual situación, resulta cualitativamente similar a la que condujo al Renacimiento y a varias reconceptualizaciones modernistas del espacio y el tiempo. Sin embargo, los dilemas que expone Jameson son exactos y apresan el impulso de la sensibilidad posmoderna en cuanto al significado actual del espacio en la vida política, cultural y económica. Pero si, como sostiene el crítico sartreano de Foucault, hemos perdido la fe modernista en el devenir, ¿hay alguna otra salida que no sea la política reaccionaria de una espacialidad estetizada? ¿Acaso no nos queda otro destino que la triste alternativa iniciada por Sitte, con su giro hacia la mitología wagneriana, como soporte para su afirmación sobre la primacía del lugar y la comunidad en un mundo de espacios cambiantes? Peor aun, si la producción estética hoy está tan mercantilizada y, por lo tanto, realmente subsumida en una economía política de la producción cultural, ¿cómo detendría-

mos ese círculo que se cierra sobre una estetización producida, y por lo tanto fácilmente manipulada, de una política globalmente mediatizada?

Esto debería alertarnos acerca de los grandes riesgos geopolíticos que se relacionan con la rapidez de la compresión espacio-temporal en los últimos años. La transición del fordismo a la acumulación flexible, tal como se ha dado, debería implicar una transición en nuestros mapas mentales, en nuestras actitudes políticas y en las instituciones políticas. Pero el pensamiento político no necesariamente pasa por fáciles transformaciones y, en todo caso, está sujeto a las presiones contradictorias que surgen de la integración y la diferenciación espaciales. Hay un peligro siempre presente de que nuestros mapas mentales no concuerden con las realidades actuales. Por ejemplo, la seria disminución del poder de los Estados nacionales individuales sobre las políticas fiscales y monetarias no está acompañada por un desplazamiento paralelo hacia una internacionalización de la política. Sin duda, hay numerosos signos que permiten advertir que el localismo y el nacionalismo se han fortalecido, precisamente, por la seguridad que ese lugar ofrece en medio de todos los desplazamientos que supone la acumulación flexible. El resurgimiento de la geopolítica y de la fe en la política carismática (la Guerra de las Malvinas de Thatcher, la invasión de Grenada por Reagan) encaja muy bien en un mundo que se alimenta cada vez más, intelectual y políticamente, de un vasto repertorio de imágenes efímeras.

La compresión espacio-temporal siempre pone a prueba nuestra capacidad de enfrentar las realidades que se despliegan a nuestro alrededor. Por ejemplo, el estrés nos hace más difícil reaccionar con precisión a los acontecimientos. La identificación errónea de un *airbus* iraní, que se eleva dentro de un corredor aéreo comercial establecido, con un bombardero que desciende sobre un barco de guerra norteamericano —un incidente que determinó la muerte de muchos civiles— es característica de la forma en que la realidad no se interpreta, sino que se crea, en situaciones de estrés y de compresión espacio-temporal. El paralelismo con el relato de Kern sobre el estallido de la Primera Guerra Mundial (citado *supra*, págs. 307-8) es instructivo. Si «los negociadores expertos caían exhaustos por la presión de las tensas confrontaciones y las noches sin dormir, atormentados por las consecuencias acaso desastrosas de sus errores de juicio y de sus acciones apresuradas», ¿cuánto más difícil puede ser tomar decisiones hoy? Esta vez, la diferencia es que ni siquiera hay tiempo para atormentarse. Y los problemas no se limitan al ámbito de las decisiones políticas y militares: en la ebullición de los merca-

dos financieros mundiales siempre se corre el riesgo de que un juicio apresurado aquí, una palabra desconsiderada allá o una reacción espontánea en otra parte sean el desliz que haga tambalear todo el entramado de la formación de capital ficticio y de la interdependencia.

Las condiciones de la compresión espacio-temporal posmoderna agudizan, en muchos aspectos, los dilemas que cada tanto han obstaculizado los procedimientos de la modernización capitalista en el pasado (un ejemplo específico que se me ocurre es el año 1848 y la fase inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial). Si bien las respuestas económicas, culturales y políticas pueden no ser precisamente nuevas, el espectro de esas respuestas difiere en ciertos aspectos importantes de aquellas que se han dado antes. La intensidad de la compresión espacio-temporal en el capitalismo occidental a partir de la década de 1960, con todos sus rasgos congruentes de transitoriedad y fragmentación excesivas en lo político y en lo privado, así como en el ámbito social, parece revelar un contexto de experiencias que convierte a la condición posmoderna en algo especial. Pero si situamos esta condición en su contexto histórico, como parte de una historia de olas sucesivas de compresiones espacio-temporales generadas por las presiones de la acumulación capitalista con su constante afán de aniquilamiento del espacio por el tiempo y de reducción de los tiempos de rotación, al menos podremos situar la condición de la posmodernidad en el espectro de una situación accesible al análisis y la interpretación materialista histórica. En la Cuarta parte veremos cómo interpretarla y cómo responder a ella.